

reflexión

Lo que viene después de la LOMCE

Montse Ros

Profesora de Primaria

Se puede enseñar con lo que se hace. Educar, se educa siempre con lo que se es. Además de con todo lo demás. Con todo.

Las personas que pretendemos educar necesitamos capacidad técnica y conocimiento científico, capacidad de trabajar en equipo, y un compromiso serio con nuestro alumnado y su entorno. En realidad, un compromiso con la humanidad y con nuestro propio ser. Cualquiera que haya vivido la educación reconoce la honestidad y la ejemplaridad antes que cualquier otra cualidad del magisterio. Eso es mucho decir, y mucho pedir.

Quizás por ello, todos los estudios sobre profesorado observan un creciente malestar que se expresa como falta de reconocimiento de la administración, falta de confianza de sus superiores, falta de reconocimiento social, escasa autoridad sobre el alumnado, y resultados poco satisfactorios. El profesorado cuestiona la bondad del sistema, se preocupa porque se le pide la inclusión del alumnado cuando el sistema no es inclusivo ni en su estructura ni en sus recursos. El desinterés, cuando no el rechazo, de una parte significativa del alumnado ante la tarea escolar se vive con angustia. La agravación de la pobreza y la desigualdad se viven con la misma urgencia dentro y fuera del aula.

Producto educativo

El profesorado percibe que la exigencia clientelar que comporta el “casi mercado” los presiona hacia el “producto educativo”. Nuestra sociedad tiene una cierta fe en que todos los problemas tienen una solución técnica o científica. Y esperan obtener un producto final. No es el caso de la educación, donde la incertidumbre y la imperfección son, como en todos los procesos vivos, la norma y no la excepción. Se pueden vender títulos, pero no educación. No hay producto.

Edgar Morin escribió proféticamente que “la educación del futuro se ve confrontada a una inadecuación cada vez más amplia, profunda y grave. Por un lado nuestros saberes desarticulados, parcelados y compartimentados, y por otro, las realidades o problemas cada vez más multidisciplinares, transversales, multidimensionales, transnacionales, globales, planetarios”. El profesorado sufre esta inadecuación del sistema que se manifiesta en cada acto educativo. A menudo intentamos adecuar nuestra actuación pedagógica como podemos. Sin medios. Desde la ilegalidad. Lo hacemos por coherencia y sobre todo por necesidad. La presión del alumnado, legítima pero sin compasión, nos obliga a reaccionar para que las aulas no generen más conflicto que actividad proactiva.

Las prácticas y los valores sociales, en pleno triunfo del neoliberalismo y del individualismo, son discordantes con la tarea pedagógica que, seguramente, debe ser crítica con cualquier realidad social. Como escribió Kant, “un principio del arte de la educación es que no se tiene que educar conforme al presente, sino conforme a un estado mejor, posible en el futuro, de la especie humana”. Esta es una dificultad no salvable de la tarea educativa: no puede seguir la corriente. La educación tiene que impulsar a la sociedad y las personas hacia una versión perfeccionada de ellas mismas. Nunca llega a un punto final satisfactorio, mientras que la energía que se invierte no tiene límite.

Tenemos que pensar y conseguir condiciones y organizaciones adecuadas para la tarea docente, que permitan prevenir, reducir, reconocer y compensar las dificultades. Las personas y su salud lo agradecerán, y la educación también.

Condiciones del profesorado

La dignidad del profesorado y la misma capacidad de hacer su trabajo radica en una contratación estable y la posibilidad de formar parte de un equipo, de una comunidad educativa. La precariedad en los contratos, temporales, a tiempo parcial, a destajo, como falsos autónomos, falsos becarios o falsos alumnos en prácticas impide hacer bien el trabajo. Quien sufre la precariedad, la sufre dos veces: por la pobreza que genera y por la dificultad profesional añadida.

La reordenación del tiempo en la educación se tiene que hacer ya, y se tiene que hacer teniendo en cuenta estas condiciones laborales.

Para gestionar el cambio educativo, habrá que incorporar también nuevos perfiles profesionales en las plantillas de manera permanente y no circunstancial y externalizada. La reorganización del trabajo tendrá que tener en cuenta estas realidades multidisciplinares, transversales, virtuales, globales que cuestionan el mismo concepto de escuela graduada. ¿Cómo queremos que sean las plantillas? Como mínimo, más grandes. Seis de cada diez profesores afirman que en su centro falta personal para atender adecuadamente al alumnado que requiere más atención.

Con toda seguridad, ninguno de nosotros tiene “la” solución. No hay una solución mágica ni técnica. Hará falta un proceso de mejora. Por eso, y además de modificar la formación inicial del profesorado, que vale la pena, es necesario cambiar el concepto de la formación continua, que tendrá que tener correspondencia con la educación superior, y que tiene que incorporar la investigación. Esto implica una estrecha relación con el mundo universitario internacional. Como en otros campos donde el conocimiento revoluciona rápidamente, tenemos que configurar el I+D+i de la educación y los mecanismos de transferencia de conocimiento.

El cambio en el sistema tiene que ocurrir simultáneamente con el cambio en las condiciones de trabajo. El propio sistema constituye una condición de trabajo esencial. No habrá bienestar docente en un sistema trasnochado, ni injusto, ni torpe. Al mismo tiempo, las condiciones de trabajo de todos los trabajadores y trabajadoras de la educación van a dotar al sistema de calidad, o no.

Vamos a construir lo que viene después de la LOMCE.

Seis de cada diez profesores afirman que en su centro falta personal para atender adecuadamente al alumnado que requiere más atención